

23-24 OPUSCULO SEGUNDO. ANTILOGUS CONTRA LOS JUDÍOS, AL HONESTO HOMBRE CLARÍSIMO.

ARGUMENTO.

Este pequeño libro fue escrito para refutar a los judíos, en el cual, mediante numerosos testimonios de las Sagradas Escrituras, se prueba aquello que ellos impíamente niegan, es decir, la Trinidad de personas en la esencia divina: que Cristo, a quien ellos llaman Mesías, fue Dios y hombre, y que ya ha venido al mundo: y finalmente, se les cierran todas las escapatorias que podrían usar astutamente contra los cristianos.

Al señor HONESTO, clarísimo hombre en medio de las tinieblas de este Egipto, PEDRO, el último de los monjes, siervo, perpetua caridad en Cristo.

Amadísimo, recientemente nos enviaste palabras de súplica a través de nuestro hermano León, para que te escribiéramos algo con lo que pudieras cerrar la boca de los judíos que a menudo discuten contigo, con argumentos racionales; y para que pudieras superar a los que vienen a la controversia sobre Cristo, con los testimonios más evidentes de la Sagrada Escritura. Pero si deseas ser soldado de Cristo y luchar valientemente por ÉL, toma más bien las armas como un insigne guerrero contra los vicios de la carne, contra las maquinaciones del diablo; enemigos, en verdad, que nunca mueren: más que contra los judíos, que ya casi han sido borrados de la tierra. Sin embargo, no desprecie este empeño, sino que considero justo satisfacer vuestra petición. Pues es deshonesto que un hombre eclesiástico, por ignorancia, guarde silencio ante los que están fuera y calumnian: y que un cristiano, sin saber dar razón de Cristo, se retire vencido y confundido ante los insultos de los enemigos. A esto se añade que a menudo esta dañina ignorancia de este asunto, y las disputas que deben evitarse, no solo sugieren audacia a los incrédulos, sino que también generan error y duda en los corazones de los fieles.

Y como este conocimiento ciertamente pertenece enteramente a la fe, y la fe es sin duda el fundamento de todas las virtudes; donde se sacude el fundamento, toda la estructura del edificio amenaza con precipitarse. Sin embargo, se debe saber que el hombre cristiano no debe acercarse a esta contienda por causa de la vana gloria, o por el mero amor a la contienda: sino más bien por si espera poder ser de alguna utilidad para la gracia de la conversión en el ánimo del litigante. Por eso también Pablo dice: «Si alguno quiere ser contencioso; nosotros no tenemos tal costumbre (I Cor. II).» Y a Tito: «Evita las cuestiones necias, y las genealogías, y las contiendas, y las disputas sobre la ley: porque son inútiles y vanas (Tit. II).» Y cuando alguien inicia una disputa sobre este asunto, debe ser advertido para que no exaspere al contendiente con el insulto de la contumelia, o con la soberbia del orgullo: sino que suavice su mente con caridad benevolente y con la más paciente gravedad: para que el corazón de piedra, que podría endurecerse más con la amargura derramada, tal vez pueda ser ablandado para creer por la dulce modestia de las palabras. De ahí que el mismo Apóstol, después de haber dicho: «Evita las cuestiones necias y sin disciplina (II Tim. II);» inmediatamente añadió: «El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable con todos, apto para enseñar, paciente, corrigiendo con toda modestia a los que se oponen, por si acaso Dios les da el arrepentimiento para conocer la verdad, y se liberen de los lazos del diablo, en los que están cautivos a voluntad de él (Ibid.).» Pero como casi todos los volúmenes del Antiguo Testamento dan testimonio de Cristo, nosotros, dejando de lado la multitud de palabras, nos ocupamos de presentar pocos y más claros testimonios de los profetas, con los cuales, sin embargo, contra toda la insania de la depravación judía, y sus vanos comentarios, puedas obtener la victoria con la ayuda de Dios. Y como la flecha se

lanza más directamente si primero se opone la meta en la que debe clavarse, aquí introducimos al mismo judío contendiente, para que las flechas de nuestras palabras no se dispersen vanamente en el viento, sino que más bien alcancen la materia cierta a la que se dirigen.

25 En el nombre del Señor, comienza la misma contienda.

Dime, pues, oh judío (que mientras niegas la Trinidad, consecuentemente ignoras la unidad) si Dios, como afirmas, es uno en persona, ¿a quién dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza? (Gen. I.)» Pues si hubiera una sola persona en la deidad, no diría «hagamos,» sino «haga.» Si fueran tres las substancias, no diría singularmente «nuestra imagen,» sino más bien «nuestras imágenes.» Por lo tanto, mientras «hagamos» afirma el trino, «nuestra imagen» declara el uno, es evidente que Dios es esencialmente uno, consistente en tres personas. Vamos, judío, avanza por los bosques del divino discurso, camina conmigo, revisa diligentemente las páginas de tu ley, ¿acaso encontrarás en ellas algo que discrepe de nuestra afirmación? Escucha lo que tu Moisés dice de nuevo: «Este es el libro de la generación de Adán en el día en que Dios creó al hombre, a imagen de Dios lo hizo: varón y hembra los creó (Gen. I.)» ¿Qué significa que no se dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, sino que Dios creó al hombre a imagen de Dios; sino para que se distinga claramente la persona del Padre y del Hijo? Lo cual es similar a lo que se dice de nuevo por el mismo Moisés: «Descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán (Gen. XI.)» Y poco después se añade: «Venid, descendamos y confundamos allí su lengua (Gen. XI.)»

Ves, pues, que «descendió el Señor» declara una esencia de la divinidad; pero «venid, descendamos» enseña que hay tres personas. Pregunta también a Abraham por qué vio a tres y adoró a uno. Está escrito: «Se le apareció el Señor en el valle de Mambré, mientras estaba sentado a la puerta de su tienda en el calor del día (Gen. XVIII);» luego se añade: «Y alzando sus ojos, vio a tres hombres que estaban de pie cerca de él (Ibid.)» He aquí que, habiéndose dicho antes que se le apareció el Señor; cuando se da la razón, no se dice que se le apareció un hombre, sino que se le aparecieron tres hombres. Donde se muestra claramente que aquel que se le apareció es uno en la sustancia de la deidad, y trino en personas. Lo cual también atestiguan las palabras del mismo Abraham, cuando dice: «Señor, si he hallado gracia ante tus ojos, no pases de largo a tu siervo: sino que traeré un poco de agua, y lavad vuestros pies, y descansad bajo el árbol (Ibid.)» A lo cual también se adapta perfectamente lo que se escribe de Lot, porque cuando dos ángeles lo sacaban de Sodoma, que pronto sería destruida, Lot les dijo: «Te ruego, Señor mío, que tu siervo ha hallado gracia ante ti (Gen. XIX);» donde también poco después se añade: «Hizo llover el Señor sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte del Señor desde el cielo (Ibid.)» Pues cuando se dice que el Señor llovió de parte del Señor, está claro que se señala a ambas personas, la del Padre y la del Hijo. De ahí que diga a Moisés: «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» ¿Qué significa que se recuerda a sí mismo como el Dios de solo tres patriarcas, y no también de los demás? ¿Acaso no es también Dios de Enoc? ¿Acaso no es Dios de Noé, y de otros innumerables justos? ¿Qué es, digo, que dejando de lado a otros patriarcas, se llama a sí mismo Dios de solo tres hombres, sino para mostrar que, siendo uno en sustancia, es trino en personas? Esta misma Trinidad de personas y unidad de naturaleza el profeta Isaías la enseñó claramente, cuando dijo que vio a los serafines clamando: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos (Isai. IV.)» Pues para mostrar la Trinidad de personas, se dice santo tres veces. Pero para que aparezca que la Trinidad es de una sola sustancia, no se dice Señores de los ejércitos, sino Señor. Lo cual también David, sintiendo de manera similar, dice: «Por la

palabra del Señor fueron hechos los cielos (Psal. XXXIII).» Pues la palabra del Señor es el Hijo del Padre.

Pero para mostrar que los mismos cielos fueron hechos por toda la Trinidad a la vez, de repente se añade sobre la divinidad del Espíritu Santo: «Y por el aliento de su boca toda su fuerza (Ibid.)» De este Espíritu se lee en otro lugar: «Su Espíritu adornó los cielos (Job XXVI).» En otro salmo, el mismo David dice: «Bendíganos Dios, nuestro Dios, bendíganos Dios (Psal. LXVI).» Y habiendo dicho Dios tres veces, para mostrar que es uno, añadió: «Y teman a Él todos los confines de la tierra (Ibid.)» Y para demostrar otra bendición de Dios similar a la que el Espíritu Santo pronuncia por boca de David, recurramos al libro de los Números. Allí está escrito: «Habló el Señor a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos: Así bendeciréis a los hijos de Israel, y les diréis: El Señor te bendiga y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; el Señor vuelva su rostro hacia ti, y te conceda la paz (Num. VI).» Y para que quede claro que es un solo Dios, cuyo nombre se repite tres veces sobre el pueblo, inmediatamente se añade: «Invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré.»

He aquí, oh judío, mientras recorremos casi todos los volúmenes de tu ley, encontramos muy adecuadamente la unidad de la esencia divina y la Trinidad de personas. Y si quisiéramos reunir todos los testimonios que nos proporcionan tus libros para afirmar esto, tal vez antes nos falte la lengua por el cansancio que la abundancia de ejemplos. Pero como toda la afirmación de vuestra parte se centra principalmente en intentar negar que Cristo es Dios o el Hijo de Dios, ahora también el artículo de nuestra alegación sigue este camino. Pero no quiero que, como es costumbre entre vosotros, te conviertas en monstruos de diversas formas con subterfugios engañosos, como si quisieras escapar de las manos como una serpiente resbaladiza cuando has sido capturado, sino que todo el interior de tus sentidos esté abierto para entender, que el corazón deseche el antiguo velo de la ignorancia, que los oídos de la mente presten atención vigilante. Y cuando no puedas oponerte a mí, guarda silencio razonablemente; para que, si es posible, quien me proporciona a mí, un hombre ignorante, la materia de los argumentos para establecer su verdad, también infunda la luz de su sabiduría en las tinieblas de tu mente para creer.

[ANTILOGUS CONTRA LOS JUDÍOS, AL HONESTO.]

27 CAPÍTULO PRIMERO. De Cristo, que es el Hijo de Dios.

Comencemos, pues, e imploramos confiadamente la ayuda de aquel de quien hablamos, diciendo: «Levántese Dios, y sean dispersados sus enemigos; y huyan de su presencia los que lo odian (Psal. LXVII).» Leemos, creemos y probamos que Dios Padre omnipotente engendró de sí mismo al Verbo antes de todos los siglos. Si tú, judío, te esfuerzas en negarlo, sin duda se te convencerá de que luchas contra el mismo Dios que dices venerar. Pues Él mismo dice: «Mi corazón ha pronunciado una palabra buena (Psal. XLIV).» De esta palabra se dice por otro profeta: «La palabra del Señor es poderosa y fuerte, ¿quién podrá comprenderla? (Isai. LV.)» De esta palabra Isaías habla de nuevo, cuando dice: «Así será la palabra que salga de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará todo lo que quiero, y prosperará en aquello para lo que la envié.» Pues si hablara de una palabra transitoria, no anunciaría que volvería a él o que haría algo. Por cuya virtud la tierra fue fundada, y el cielo con sus luminarias fue solidificado, y el mar se extendió en su seno. De lo cual, como se dijo anteriormente, se lee: «Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos (Psal. XXXII).» Este Verbo, engendrado del Padre antes de los siglos, quiso hacerse hombre en el vientre de la Virgen al final de los

tiempos. De cuya encarnación del Verbo habla Habacuc, diciendo: «Delante de su rostro irá el Verbo, y saldrá en los campos (Habac. III).»

Pero si se investiga diligentemente qué es esta palabra, se encuentra un poco más adelante, cuando dice: «Pero yo me gloriaré en el Señor, y me alegraré en Dios mi Salvador (Ibid.).» Por eso también Isaías clama abiertamente, diciendo: «He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un hijo: y se llamará su nombre Emmanuel, que se interpreta Dios con nosotros (Isai. VII).» De quien se dice en otro lugar por el mismo profeta: «El Señor lo amó, hará su voluntad en Babilonia, y su brazo en los caldeos. Yo, yo he hablado, y lo he hecho: lo he llamado, lo he traído, y su camino ha sido recto (Isai. XLVIII).» Y enseguida se añade desde la persona del mismo Hijo: «Acercaos a mí, y escuchad esto: no he hablado en secreto desde el principio: desde el tiempo antes de que fueran hechas, allí estaba: y ahora el Señor Dios me ha enviado, y su espíritu. Así dice el Señor Dios, el redentor, el santo de Israel: Yo soy el Señor tu Dios que te enseña lo que es útil, que te guía por el camino en que andas: ojalá hubieras atendido mis mandamientos,» y lo demás (Ibid.). Escucha aún también el testimonio del profeta Miqueas sobre Cristo: «Será, dice, en los últimos días preparado el monte de la casa del Señor en la cima de los montes, y elevado sobre los collados, y fluirán hacia él los pueblos, y se apresurarán muchas naciones, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas: porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén: y juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones fuertes hasta lejos (Mich. V).» Lo cual Isaías no solo expresó bajo el mismo sentido, sino casi con las mismas palabras: y no nos molesta escribir de nuevo para fortalecer la sentencia de nuestra afirmación lo que el Espíritu Santo quiso duplicar por boca de dos profetas. Dice, pues: «Será, dice, en los últimos días preparado el monte de la casa del Señor en la cima de los montes, y elevado sobre los collados, y fluirán hacia él todas las naciones, y vendrán los pueblos, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob: y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén: y juzgará a las naciones, y corregirá a muchos pueblos (Isai. II);» donde también poco después se añade: «Casa de Jacob, venid, y caminemos a la luz del Señor (Ibid.).» Pues no se cree con razón que uno haya tomado esta sentencia del otro, ya que se sabe que ambos profetas profetizaron al mismo tiempo y bajo los mismos reyes.

Pero si todos estos testigos de la verdad aún no te son suficientes, oh judío, escucha también a tu Baruc diciendo: «Este es, dice, Dios, y no se estimará a otro fuera de él: que encontró todo el camino de la ciencia, y se la dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado: después de esto fue visto en la tierra, y conversó con los hombres (Baruch. III).» Pues si Cristo, como afirmas, no es Dios, muéstrame en tus libros cuándo, después de dada la ley a Jacob, Dios fue visto en la tierra y conversó con los hombres. Pero como no podrás encontrarlo, es necesario que te declares vencido en todo.

Pero para que no parezca que te estoy engañando con mis palabras, en lugar de superarte con los ejemplos de los profetas, que también Daniel se acerque y dé testimonio de Cristo: «Cuando venga, dice, el Santo de los santos, cesará la unción. Diréis: Aún no ha venido el Santo de los santos, aún no ha venido el Mesías, pero vendrá, mostrad la unción (Dan. VI):» pero si, como es verdad, cesó vuestra unción (pues ya no tenéis templo, ni rey, ni sacerdotes), reconoced que ha venido el Santo de los santos, de quien se dice por Isaías: «Yo soy Dios llamando desde el Oriente al ave, y de tierra lejana al hombre de mi voluntad: y he hablado, y lo traeré, lo he creado y lo haré. Escuchadme, duros de corazón, que estáis lejos de la justicia, he acercado mi justicia (Isai. XLVI).» Aún más, que también el patriarca Jacob se acerque al

medio: «No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga aquel a quien pertenece: y él será la esperanza de las naciones (Gen XLIX).»

Si, pues, ya por mil años y más habéis vivido sin rey, y habéis yacido bajo los pies de las naciones, ¿de dónde esperáis ahora la esperanza de las naciones? Desde el momento en que dijisteis a Pilato, clamando: «No tenemos rey, sino a César (Joan. XIX);» no habéis tenido rey: y quienes no quisisteis escuchar al Rey de reyes, perdisteis el reino junto con la patria. Lo cual Moisés previó bien, cuando decía: «El Señor os levantará un profeta de entre vuestros hermanos: toda alma que no escuche a ese profeta será exterminada de su pueblo (Deut. XVIII).» Y de nuevo el mismo Moisés dice: «El Señor te dará un corazón temeroso, y ojos desfallecientes, y un alma consumida de tristeza, y tu vida estará pendiente ante ti: temerás de noche y de día, y no creerás en tu vida (Ibid.).» ¿Cuándo estuvo tu vida pendiente ante ti, sino cuando moviendo la cabeza ante la cruz decíais: «A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse? (Matth. XVII.) Si es el Hijo de Dios, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él (Marc. LXV).» Lo cual el mismo Hijo de Dios habla claramente por boca de David, diciendo: «Todos los que me veían, se burlaban de mí (Luc. XXIII); hablaban con los labios, y movían la cabeza. Confío en el Señor, que lo libre, que lo salve, porque lo quiere (Psal. XXI).» En el mismo salmo, también muestra más claramente las perforaciones de los clavos en sus manos y pies, diciendo: «Han horadado mis manos y mis pies: han contado todos mis huesos (Ibid.).» Si no lo sabes, ese era tu buey, oh judío, que entonces se inmolaba en el altar de la cruz ante ti, pero por tus méritos aún no ha sido comido por ti. De lo cual Moisés habla contra ti en el Deuteronomio, diciendo: «Tu buey será inmolado ante ti, y no comerás de él (Deut. XXVIII).» Ese era el asno, del cual dice de nuevo: «Tu asno será arrebatado ante ti, y no te será devuelto (Ibid.).» Con razón, nuestro Redentor es llamado asno en figura, quien para llevar las cargas de nuestra depravación, de alguna manera ofreció su espalda; porque como dice el profeta: «Él llevó nuestros pecados (Isai. LIII).» Donde aún se añade adecuadamente: «Tus ovejas serán entregadas a tus enemigos: y no habrá quien te ayude (Ibid.).»

Quae autem sint oves a quibus adjuvari synagoga debuerat, manifeste declaratur, cum subditur: «Filii tui et filiae tuae tradantur alteri populo, videntibus oculis tuis, et deficientibus ad conspectum eorum tota die, et non sit fortitudo in manu tua.» Sancti enim apostoli, qui oves per innocentiam dicuntur, Israeliticae gentis filii sunt, quia ex eorum progenie originem ducunt. Qui videlicet alteri populo tunc traduntur, cum Judaeis persequentibus dicunt: «Vobis oportebat primum loqui verbum Dei; sed quia repellitis, illud, et indignos vos judicatis aeternae vitae, ecce convertimur ad gentes. Vos autem haec videntes non vidistis, et audientes non intellexistis (Act. XIII).» Quod bene idem Moyses usque hodie vobis impropere, dicens: «Non dedit vobis Dominus cor intelligens et oculos videntes, et aures quae possent audire usque in praesentem diem (Deut. XXVIII).» Idipsum etiam imprecatur adversum vos dicens: «Percutiat te Deus amentia, et caecitate, ac furore mentis: et palpes in meridie, sicut palpare solet caecus in tenebris, et non dirigas vias tuas (Ibid.).» Et Isaias: «Audite, inquit, audientes, et nolite intelligere: et videte visionem, et nolite cognoscere. Excaeca cor populi hujus, et aures ejus aggravata, et oculos ejus claude; ne forte videat oculis, et auribus suis audiat, et corde suo intelligat: et convertatur, et sanem eum (Isai. VI).»

¿Vis adhuc aliud Isaias testimonium de Christo? «Ego, inquit, suscitavi eum ad justitiam, et omnes vias ejus dirigam: ipse aedificabit civitatem meam, et captivitatem meam dimittet, non in pretio, neque in muneribus, dicit Dominus exercituum. Haec dicit Dominus: Labor Aegypti, negotiatio Aethiopiae, et Sabaim; viri sublimes ad te transibunt, et tui erunt, et post te ambulabunt; vincti manicis pergent, et te adorabunt, teque deprecabuntur. Tantum in te est Deus, et non est absque te Deus. 30 Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator (Isai.

XLV).» Loquere, Judaeae, responde, quis est ille, qui dicit: «Ego suscitavi eum ad justitiam?» Sed si nescis, perge, flecte oculos ad finem prioris sententiae, et vide, quia dicit, «Dominus Deus exercituum.»

Sed jam si nosti, quia Deus loquitur: considera etiam cui loquitur. Descende igitur ad finem sequentis lineae et vide, quod dicitur: «Tantum in te est Deus, et non est absque te Deus. Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator.» Si ergo Deus est ipse, qui loquitur; Deus cui dicit: «Tu es Deus;» constat profecto, quia Patris ad Filium persona loquitur. Nam et quod non dicitur, simpliciter tu es Deus, sed in te est Deus, et tu es Deus absconditus, humanitatem nostri Redemptoris manifeste designat. In Christo enim Jesu, ut noster ait Apostolus, habitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. Quod autem dicit: «Labor Egypti, et negotiatio Aethiopiae et Sabaim, viri sublimes ad te transibunt, et te adorabunt (Coloss. II);» aperte denuntiat ad fidem Christi omnes nationes gentium convertendas. Unde et paulo post subditur: «Convertimini ad me, et salvi eritis omnes fines terrae; quia ego Deus et non est alius. In memetipsum juravi: egredietur de ore meo justitiae verbum, et non revertetur; quia mihi curvabunt omnes genu, et jurabit omnis lingua (Isa. XLV).» Et mox ipse, qui loquitur Pater manifestum de Filio perhibet testimonium, cum subjungit: «Ergo in Domino dicent: meae sunt justitiae, et imperium: Ad eum venient, et confundentur omnes, qui repugnant ei. In Domino justificabitur, et laudabitur omne semen Israel (Ibid.).» Cui simile est illud, quod per eundem prophetam alibi dicitur: «Parum est, inquit, ut sis mihi servus ad suscitandas tribus Jacob, et faeces Israel convertendas: Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terrae (Isai. XLIX).» Servus autem Christus ideo dicitur, quia servi formam suscepit; unde ex parte humanitatis in psalmo Patrem exorat, dicens: «Custodi animam meam, quoniam sanctus sum: salvum fac servum tuum, Deus meus, sperantem in te (Psal. LXXXV).» Quis est enim iste, qui se et sanctum esse constanter affirmat, et salvum se fieri humiliter exorat, nisi ille, quem per Isaiam Dominus venturum esse promittit, dicens: «Prope est justus meus, egressus est Salvator meus? (Isai LI).»

Ecce, ut et humanitatis infirmitas, et divinitatis potentia in uno mediatore Dei, et hominum ostendatur, qui illic sibimet ipsi salutem poposcerat, hic Salvator esse perhibetur. De quo idem Isaias alibi testatur, dicens: «Ecce dies veniunt, dicit Dominus, et suscitabo David germen justum: et regnabit rex, et sapiens erit, et faciet judicium, et justitiam in terra (Jer. XXII);» deinde subjungit: «In diebus illis salvabitur Juda, et Israel habitabit confidenter: et hoc est nomen, quod vocabunt eum, Dominus justus noster (Ibid.).» Hic est justus, ad cujus adventum idem propheta totis visceribus aestuat, et anhelat, dicens: «Rorate, coeli desuper, et nubes pluant justum; aperiatur terra, et germinet Salvatorem, et justitia oriatur simul; ego Dominus creavi eum (Isai. XLV).» Et alibi: «Utinam, 31 inquit, dirumperes coelos, et descenderes: a facie tua montes defluerent, sicut exustio ignis tabescerent, atque arderent igni, ut notum fieret nomen tuum inimicis tuis (Isai. LXIV).» Et iterum: «Propter Sion non tacebo, et propter Hierusalem non quiescam, donec egrediatur, ut splendor justus ejus, et Salvator ejus, ut lampas accendatur (Isai. LXII).» De eodem Christi adventu, et Habacuc testimonium perhibet, dicens: «Et respondit Dominus, et dixit ad me: Scribe visum in buxu aperte, ut assequatur, qui legit ea; quia adhuc visio ad tempus; et orietur in fine, et non in vacuum; si tardaverit, sustine eum, quia veniens veniet, et non morabitur (Habac. II).» Ad perhibendum adhuc testimonium Christo propheta quoque Abdias accedat: «Quo modo enim, inquit, bibistis super montem sanctum meum, bibent omnes jugiter; et bibent et absorbebunt, et erunt, quasi non sint; et in monte Sion erit salvatio, et erit sanctus; et possidebit domus Jacob eos, qui se possederant: et erit domus Jacob ignis, et domus Joseph flamma, et domus Esau stipula (Abdias).» Quid enim per domum Jacob, et Joseph, nisi Ecclesia Christi? Quid per domum Esau debet intelligi, nisi infidelium populi? Domus ergo Jacob, et Joseph ignis

facta est; quia sancta Ecclesia igne sancti Spiritus inflammata, ad amorem Dei frigida dudum carnalium corda succendit: et sic a concupiscentia praesentis saeculi ad desiderium Creatoris domum Esau velut stipulam concremavit. De quo videlicet igne in nostro Evangelio Veritas dicit: «Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut ardeat?» (Luc. XII.)

CAPUT II. De Christo, qui est lapis angularis.

Dic mihi hoc etiam, o Judaeae, quis est iste lapis, quem Dominus pollicetur se positurum in fundamento Sion? Unde Isaias ait: «Ecce ego mittam in fundamento Sion lapidem probatum, angularem, pretiosum, in fundamento fundatum (Isai. XXVIII).» Quis est, inquam, iste lapis, nisi ille, de quo David canit: «Lapidem, quem reprobaverunt aedificantes, hic factus est in caput anguli? (Psal. CXVII).» Quod si lapideum cor tuum lapidem materiale ab Isaia dictum existimat, audi quod sequitur: «Super quem qui ceciderit, confringetur: super quem vero ceciderit, conteret eum.» Lapidem enim, qui in fundamento parietis ponitur, non posse super aliquem cadere, liquido comprobatur. Hic est utique lapis ille, quem Daniel vidit abscissum de monte sine manibus (Dan. II); Christus videlicet sine opere complectentium, de incorrupta virgine procreatus. Audi adhuc testimonium, quod idem Isaias de Christo profert, dicens: «Egredietur, inquit, virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet, et requiescet super eum spiritus Domini, spiritus sapientiae et intellectus, spiritus consilii et fortitudinis, spiritus scientiae et pietatis, et replebit eum spiritus timoris Domini (Isai. XI).» Jam quid apertius eo, quod de Christo David canit in psalmo? «Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te; 32 postula a me, et dabo tibi gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae (Psal. II).» Nunquid ipse David Dei Filius dici potuit, aut super solum Israelitici populi solium constitutus, omnia terrarum regna possedit? Quia ergo David mortali videlicet regi haec prophetia convenire posse non cernitur, consequens est ut de Christo Dei Filio indubitanter dicta credatur. De quo, videlicet aeterno David, Isaias ait: «Feriam vobiscum pactum sempiternum, misericordias David fidelis. Ecce testem populi dedi eum, ducem, ac praeceptorem gentibus. Ecce gentem, quam nesciebas, vocabis; et gentes, quae non cognoverunt te, ad te current. Propter Dominum Deum tuum, et sanctum Israel, quia glorificavit te (Isai LV).» Nunquid non jam David ex hac luce migraverat, cum haec propheta dicebat? Quomodo igitur de eo diceretur, quia vocaturus esset gentes, et ad eum gentes concurrerent, qui jam exutus corpore cum mortalibus non maneret? Si igitur hoc prophetae promissionis oraculum nequaquam de eo, qui jam obierat, David dici potuisse cognoscitur, restat ut de eo, qui necdum venerat, prolata fuisse credatur.

Rursum etiam de reprobatione Judaeorum, et vocatione gentium manifestissimam per Zachariam Dominus protulit sententiam, dicens: «Non est mihi voluntas in vobis, dicit Dominus exercituum, et munus non suscipiam de manu vestra. Ab ortu enim solis usque ad occasum magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda; quia magnum est nomen meum in gentibus, dicit Dominus exercituum (Malach. I).» Et paulo post: «Et in die illa dicit Dominus exercituum, disperdam nomina idolorum de terra, et non memorabuntur ultra, et spiritum pseudoprophetarum, et spiritum immundum auferam de terra (Ibid.).» Dic etiam, Judaeae, de quo intelligis, dictum fuisse, quod legis: «Deus, judicium tuum regi da, et justitiam tuam filio regis? (Psal. LXXI).» Quis est iste rex regis filii pater? Nunquid David Salomonis? Sed lege per ordinem psalmum, et vide quid sequitur: «Et permanebit cum sole, et ante lunam in saeculum saeculi.» Nunquid Salomon permanere in saeculum saeculi dici veraciter potuit, qui vix per quadraginta annorum curriculum regni gubernacula tenuit?

Lege adhuc, et continua totum psalmum, et considera quomodo a Salomone reperiatur alienus, maxime illic ubi dicitur: «Ex usuris et iniquitate liberabit animas eorum (Ibid.).»

Nam quomodo Salomon ex iniquitate liberare animas potuit, quia ex justitia, quam primitus cepit, idem ipse ad iniquitatem postmodum declinavit? Illud etiam cui convenit, nisi soli Deo, quod dicitur: «Sit nomen ejus benedictum in saecula?» Sequitur adhuc psalmus, et dicit: «Et benedicentur in eo omnes tribus terrae, omnes gentes magnificabunt eum.» Hoc idem jam olim Deus promiserat Abrahae, dicens: «In semine tuo benedicentur omnes gentes (Gen. XXVI).» Et alibi ad David: «Juravit Dominus David veritatem, et non frustrabitur eam. De fructu ventris tui ponam super sedem tuam (Psal. CXXXI).» 33 Et in libro Regum secundo legitur: «Haec autem sunt verba novissima, quae dixit David filius Isai: dixit vir cui constitutum est de Christo Jacob (II Reg. XXIII).» In libro Paralipomenon: «Et factum est, inquit, verbum Domini David ad Nathan prophetam, dicens: Vade, et dic servo meo David: Haec dicit Dominus: Annuntio tibi, quod aedificaturus sit domum tibi Dominus. Cumque impleveris dies tuos, ut vadas ad patres tuos, suscitabo semen tuum post te, quod erit de filiis tuis, et stabiliam regnum ejus; ipse aedificabit mihi domum, et firmabo solium ejus usque in sempiternum. Ego ero ei in patrem, et ipse erit mihi in filium, et misericordiam meam non auferam ab eo, sicut abstuli ab eo, qui ante te fuit, et statuam eum in domo mea, et in regno meo usque in sempiternum, et thronus ejus erit firmissimus in perpetuum (I Par. XVII).»

CAPUT III. Refutantur Judaeorum errores.

Quis autem ita desipiat, quis ita insaniat, ut haec omnia credat in Salomone fuisse completa? Nam qualiter in Salomone intelligendum est, quod dicitur: «Postquam dormieris cum patribus tuis, suscitabo semen tuum post te, quod erit de filiis tuis, et stabiliam regnum ejus (II Reg. VII).» Qualiter, inquam, dici hoc de Salomone potuit, qui non post mortem David natus est, vel regnare coepit, sed adhuc patre vivente regnavit? Quid est ergo quod dicitur: «Postquam dormieris cum patribus tuis, suscitabo semen tuum post te;» nisi quod Christus est in hac promissione signatus, qui non ante mortem David, sed longe post ejus obitum fuerat suscitandus? Qui videlicet aedificaret domum Domino de parietibus non manufactis, sed de lapidibus vivis, et pretiosis, hoc est, sanctis et justis. Illud quoque quod subditur: «Fidelis erit domus ejus, et regnum ejus usque in sempiternum coram me (Ibid.).» Quis de Salomone dictum intelligat, cum domum ejus alienigenis mulieribus plenam fuisse legat? Quo enim pacto domus Salomonis Deo fidelis exstitit, quae gentilibus mulieribus, et colentibus idola plena fuit? Ipse etiam ab eis seductus in idololatriam corruit, et bonus initio, proh dolor! malos exitus habuit. Aut quomodo thronus ejus firmissimus in perpetuum jure dicitur, dum constet quia de Salomonis semine rex nusquam hodie reperitur?

Necesse est ergo, Judaeae, ut cuncta haec, quae Salomoni vides nequaquam posse congruere, Christo fatearis per omnia convenire. De quo etiam Zacharias testatur, dicens: «Haec dicit Dominus Deus exercituum: Ecce vir oriens nomen ejus, et subter eum orietur, et aedificabitur templum Domino: ipse exstruet templum, et ipse portabit gloriam, et sedebit, et dominabitur super solium suum, et erit sacerdos super solio suo (Zach. VI).» Et iterum: «Ecce, inquit, ego adducam servum meum Orientem, quia ecce lapis, quem dedi coram Jesu (Zach. III).» Super lapidem unum septem oculi sunt, quibus videlicet oculis septem sancti Spiritus dona signantur. Quod 34 si necdum te omnia haec prophetarum exempla convincunt, interroga adhuc octogesimum psalmum, et considera manifestum Domini ad David de Christo promissum: «Juravi inquit, David servo meo, usque in aeternum praeparabo semen tuum; et aedificabo in saeculum saeculi sedem tuam (Psal. LXXXVIII).» Et paulo post: «Ponam, inquit, in mari manum ejus, et in fluminibus dexteram ejus. Ipse invocabit me, Pater meus es tu, Deus meus, et susceptor salutis meae; et ego primogenitum ponam illum et excelsum prae regibus terrae; in aeternum servabo illi misericordiam meam, et testamentum meum fidele ipsi; et ponam in saeculum semen ejus; et thronum ejus sicut dies coeli.» Et iterum: «Semel

juravi in sancto meo si David mentiar, semen ejus in aeternum manebit, et thronus ejus sicut sol in conspectu meo, et sicut luna perfecta in aeternum, et testis in coelo fidelis.»

Has igitur omnes promissiones ad David factas subtiliter inspicere, et vel regem de David progenie in ejus solio praecedentem ostendere, vel omnia de Christo praedicta, et in ipso completa necessario confiteri. Perge adhuc, et discute alium psalmum. Quis enim est ille, de quo dicitur: «Mater Sion dicet: Homo, et homo factus est in ea, et ipse fundavit eam Altissimus? (Psal. LXXXVIII.)» Quis est iste Altissimus, qui et homo dicitur, et altissimus? Scrutare, inspicere, revolve, si placet, omnes sacri eloquii paginas, et perpende, quia Altissimus ubique de Deo dicitur, nusquam dictum de simplici homine reperitur. Restat ergo ut cum Altissimus, et homo simul jungatur; Deus, et homo una persona dictus intelligatur, de quo mirabiliter dicitur, quia is, qui natus est in ea, hoc est in Sion, ipse fundavit eam. Necesse est quippe prius civitatem fundari, et sic postmodum in ea hominem nasci. Sed quis valet prius urbem construere, et in ea postmodum de ventre matris exire? Quis, inquam, nisi Redemptor noster, qui in his quae fecit, dignatus est fieri?

¿Qué responderás a esto, judío? ¿Con qué audacia de mente desvergonzada podrás oponerte a afirmaciones tan claras, tan evidentes, tan divinas? Supongamos, como dicen los blasfemos, que Cristo pudo inventar mentiras sobre sí mismo; pero, ¿acaso, antes de nacer, si no fuera Dios, podría haberse profetizado a sí mismo a través de las palabras de otros? También me gustaría escuchar cómo entiendes esto: «Mi corazón ha pronunciado una palabra buena, yo dedico mis obras al rey (Salmo 44)». ¿Quién es ese rey al que Dios dedica sus obras? Tal vez me digas: David; pero lee el sexto salmo en orden y comprende la verdad del sentido: desciende un poco más abajo e interroga no a mí, sino al mismo Señor, quién es el rey al que Él dedica sus obras. Escucha lo que Dios mismo dice a ese rey predicho: «Tu trono, oh Dios, es eterno; el cetro de tu reino es un cetro de justicia (Ibid.)». Si, por lo tanto, Dios es quien habla, y Dios es a quien se dirige la palabra, es consecuente que no se refiera al temporal David, sino al Hijo coeterno del Padre, quien verdaderamente es fuerte de mano. Tampoco creo que deba pasarse por alto en silencio lo que interpretas de manera similar en David: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha (Salmo 107)». Si esto debe entenderse de David, como afirmas, ¿cómo podrá aplicarse lo que sigue a David? «Contigo está el principio en el día de tu poder, en la hermosura de los santos, desde el seno antes de la aurora te engendré». Y nuevamente: «Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec». Por lo tanto, si no puedes aplicar lo que sigue al entendimiento de David, te verás obligado a afirmar que lo anterior se dice de Cristo, a quien se ajusta clarísimamente. De quien Isaías pronuncia claramente, diciendo: «En aquel día habrá una raíz de Jesé, que se alzarán como señal para los pueblos: a él acudirán las naciones, y su sepulcro será glorioso (Isaías 11)». La raíz de Jesé se alza como señal para los pueblos cuando Cristo imprime el signo de la cruz en las frentes de los hombres. Y su sepulcro es tan glorioso que, además de que nosotros, redimidos por su muerte, le rendimos gloria con todo nuestro ser, también vemos cómo el lugar mismo, resplandeciente de milagros, atrae al mundo entero por causa de su gloria.

CAPÍTULO IV. Se confirma que Cristo es verdaderamente el Hijo de Dios.

Ahora bien, entre tantos oráculos de los profetas, entre tantos testimonios clarísimos de los santos, ¿acaso tú, Jesús hijo de Sirac, guardarás silencio por completo y no ofrecerás también tú un testimonio sobre Cristo? Que tu sapientísima elocuencia salga a la luz y presente a Jesús, más fuerte, la fuente del paraíso, en el mundo bajo la figura de los evangelistas con sus cuatro ríos: «Moisés, dice, mandó la ley en preceptos de justicia, y herencia a la casa de

Jacob, y a Israel la promesa. David, su siervo, levantó un rey de él, el más fuerte, sentado en el trono del honor para siempre. Él llena como el Pisón de sabiduría, y como el Tigris en los días de los nuevos: él llena como el Éufrates de entendimiento, él multiplica como el Jordán en tiempo de cosecha, él envía la disciplina como luz, y asistiendo como el Guijón en el día de la vendimia (Eclesiástico 24)». He aquí, buen Jesús, un testimonio de Cristo, da consecuentemente otro: «En su palabra, dice, el viento se calmó, con su pensamiento apaciguó el abismo, y el Señor Jesús lo plantó: por él se consumó el fin del camino, y en su palabra se consumaron todas las cosas (Eclesiástico 43)». Diremos muchas cosas y nos faltarán las palabras. La consumación de los discursos es él mismo. ¿En qué podremos gloriarnos en todo? Pues él es el omnipotente sobre todas sus obras; el Señor es terrible, y muy grande, y su poder es admirable. Glorificando al Señor cuanto podáis, aún superará y su magnificencia es admirable. Bendiciendo al Señor, exaltadlo cuanto podáis: pues es mayor que toda alabanza. Exaltándoos, llenaros de virtud, para que no os canséis: pues no tenéis. ¿Quién lo ha visto y lo ha narrado? ¿Y quién lo ha magnificado como desde el principio? Muchas cosas están ocultas, mayores que estas: pues hemos visto pocas de sus obras. Todo esto, quien considera el orden de la Escritura, ¿quién podrá dudar que se refiere a nuestro Redentor? Que Jesús añada aún un tercer testimonio sobre nuestro Salvador, para que, por así decirlo, en boca de dos o tres testimonios, se mantenga toda palabra. Dice, pues: «Cristo purgó sus pecados, y exaltó su cuerno para siempre, y le dio el pacto de los reyes, y el trono de gloria en Israel (Eclesiástico 47)». Si, por lo tanto, Cristo, quien según la carne desciende de David, él mismo purgó los pecados de David, él mismo exaltó el cuerno de David para siempre, y le otorgó el trono de gloria; es evidente, por supuesto, que es hijo de David, y él mismo es también creador de David. Pues quien lee estas cosas de David, si recorre el orden del texto anterior con la vista continua, lo considerará.

Que Isaías no cese aún de dar testimonio de Cristo: «Pondré, dice, sobre los que huyeron de Moab, un león y las reliquias de la tierra. Envía, Señor, el cordero, el dominador de la tierra desde la roca del desierto al monte de la hija de Sion (Isaías 16)». Pues de esta gente de Moab salió el Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo, que domina en el orbe de la tierra. Pues quien es llamado león por su fortaleza, es llamado cordero por su mansedumbre. La roca del desierto se entiende como Rut, quien, desierta por la muerte de su primer esposo, engendró a Obed de Booz, de cuya descendencia también Cristo desciende. Lo que aquí mezclo las palabras de los profetas, y ahora presento los testimonios de uno, ahora recurro a las palabras de aquel que ya había dejado, lo hago para evitar el tedio, para evitar la saciedad; no sea que si se acumulan muchos testimonios de uno solo, se genere fastidio en los oyentes. También me esfuerzo por poner los nombres de los profetas en cada testimonio, para que, si se pregunta dónde se dice algo, se pueda encontrar fácilmente para evitar la calumnia. Que Daniel, por tanto, se acerque nuevamente como testigo, y que diga lo que ha conocido de Cristo; pero primero narre lo que el rey Nabucodonosor vio, después de haber ordenado arrojar a los tres jóvenes al horno de fuego: «He aquí, dice, veo a cuatro hombres sueltos caminando en medio del fuego, y no hay corrupción en ellos, y la apariencia del cuarto es semejante al Hijo de Dios (Daniel 3)». He aquí, judío, tienes al Hijo de Dios, ¿por qué te esfuerzas en negar al Hijo de Dios? Habla, responde; ¿qué podría expresarse más claramente, más manifiestamente sobre el Hijo de Dios, que decir Hijo de Dios? Si ya no puedes objetar, si no encuentras escapatoria, entrega tus manos, ríndete humildemente al vencedor, y confiesa que has sido vencido y completamente superado. Ahora también que Daniel diga lo que vio de Cristo, del Hijo: «Miraba en la visión de la noche, y he aquí, con las nubes del cielo venía uno como un Hijo de hombre, y llegó hasta el Anciano de días: y en su presencia lo presentaron, y le dio poder, y honor, y reino: y todos los pueblos, tribus, y lenguas le servirán. Su poder es un poder eterno, que no será quitado: y su reino, que no será destruido

(Daniel 7)». Y nuevamente en la octava visión el mismo Daniel: «Sabe, dice, y entiende desde la salida de la palabra, para que se vuelva a edificar Jerusalén hasta el Cristo príncipe, siete semanas, y los muros en angustia de tiempos: y después de sesenta semanas será muerto el Cristo: y no será su pueblo, el que lo negará (Daniel 9)». ¿Qué podría decirse más claramente, más expresamente sobre la muerte de Cristo que decir, «será muerto el Cristo»? Aquí no hay figura mística oculta, no hay sentencia oculta, sino más bien una historia abierta, aunque de futuros ya narrados. A quien también el ángel Gabriel dice un poco más arriba: «Tú, sin embargo, entiende la palabra, y comprende la visión: setenta semanas están abreviadas sobre tu pueblo, y sobre tu ciudad santa: para que se consuma la prevaricación, y el pecado llegue a su fin, y se borre la iniquidad, y se traiga la justicia sempiterna, y se cumpla la visión, y la profecía, y se unja al Santo de los santos (Ibid.)». Si dudas del número de tiempos predeterminado, lee a Tertuliano, y encontrarás claramente que fueron cuatrocientos noventa años desde el primer año de Darío, rey de Persia, hasta la destrucción de Jerusalén, que fue llevada a cabo por Vespasiano, príncipe del imperio romano. Setenta semanas completan sin duda cuatrocientos noventa años. Decís que Cristo aún no ha venido, y que todavía lo esperáis por venir. Pero, ¿quién duda de que este número de años ha pasado desde el tiempo de Daniel? cuando ya no ignoro que mil cuarenta años se han añadido a esta suma.

Por lo tanto, es sumamente impudente, después de tanto tiempo, añadido al número profético, afirmar que aún está por venir la llegada del Salvador. Pues en el mismo tiempo en que el Señor vivía entre los hombres, tal vez la malicia de los judíos podría contradecir la verdad, alegando que dudaba del cumplimiento de tanto tiempo. Pero ahora, cuando sobre el número prefijado han transcurrido tantos años, ¿quién puede decir que duda del número prefijado cuando apenas puede contar los muchos años añadidos?

Nuevamente, sobre la pasión de Cristo y su muerte, Isaías habla clarísimamente, diciendo: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Y subió como un retoño delante de él, y como raíz de tierra seca: no tiene apariencia ni hermosura; y lo vimos, y no había en él aspecto deseable, y lo deseamos despreciado, y el último de los hombres, varón de dolores, y experimentado en sufrimiento, y como escondimos de él el rostro, fue despreciado; y no lo estimamos. Ciertamente él llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores; y nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios, y abatido; pero él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas fuimos sanados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino; y el Señor cargó en él la iniquidad de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló, y no abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, y no abrió su boca. De la opresión y del juicio fue quitado. ¿Quién contará su generación? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes: por la transgresión de mi pueblo fue herido. Y se le dio sepultura con los impíos, y con el rico en su muerte, aunque no hizo maldad, ni hubo engaño en su boca, y el Señor quiso quebrantarlo con sufrimiento. Si se entregare su vida en expiación por el pecado, verá descendencia, vivirá por largos días; y la voluntad del Señor será prosperada en su mano, porque entregó su vida a la muerte, y fue contado con los transgresores; y él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los transgresores, para que no perecieran».

¿Quieres aún escuchar otros y otros testimonios clarísimos sobre la muerte de Cristo, y sin ninguna oscuridad en absoluto? Escucha, pues, lo que Salomón dice sobre los judíos que maquinan contra Cristo, y tratan sobre su muerte: «Dijeron los impíos entre sí: Venid, rodeemos al justo, porque nos es inútil, y es contrario a nuestras obras, y nos reprocha los

pecados de la ley, y nos difama los pecados de nuestra disciplina. Promete tener el conocimiento de Dios, y se llama a sí mismo Hijo de Dios. Se ha convertido en reproche de nuestros pensamientos. Nos es gravoso incluso verlo, porque su vida es diferente a la de los demás, y sus caminos son distintos. Nos considera como cosas vanas, y se aparta de nuestros caminos como de inmundicias, y prefiere el fin de los justos, y se gloria de tener a Dios por padre. Veamos, pues, si sus palabras son verdaderas, y probemos lo que le sucederá, y conoceremos su fin. Si es el verdadero Hijo de Dios, lo recibirá, y lo libraré de la mano de sus adversarios. Probémoslo con insultos y tormentos, para conocer su reverencia. Condenémoslo a una muerte vergonzosa; pues será considerado según sus palabras. Esto pensaron, y erraron: pues su malicia los cegó, y no conocieron el misterio de Dios, ni esperaron la recompensa de la justicia, ni juzgaron el honor de sus almas (Sabiduría 2)». Y Jeremías: «El espíritu de nuestro aliento, el Cristo del Señor, fue capturado en nuestros pecados: a quien dijimos: En tu sombra viviremos entre las naciones (Lamentaciones 4)». Y por el bienaventurado Job, el mismo Señor en su pasión se queja, diciendo: «Mis arrugas testifican contra mí, y se levanta un falso testigo contra mi rostro, contradiciéndome. También recoge su furia contra mí, y amenazándome, rechina sus dientes contra mí: mi enemigo me mira con ojos terribles. Abrieron su boca contra mí, me golpearon en la mejilla, se saciaron de mis penas. Dios me ha entregado al impío, y me ha puesto en manos de los malvados. Me rodeó con sus lanzas, y me hirió en los lomos; no tuvo piedad, y derramó mis entrañas en la tierra (Job 16)». Todo esto, que es completamente ajeno al bienaventurado Job, se encuentra en Cristo cumplido con claridad.

He aquí que quien, después de tan clara luz de ejemplos, aún necesita testimonios, le queda pedir la luz de una lámpara para contemplar el sol resplandeciente al mediodía. Pues cuando ves tantos rayos de estrellas celestiales brillando ante ti, judío, me asombra qué densas tinieblas de ceguera pueden aún ocupar lugar incluso en las vacías órbitas de los ojos. Esta luz clara de la verdad no pudo ocultarse incluso a quien perdió los ojos del corazón por la oscuridad de la codicia, a Balaam, quien, mientras prefería la luz de otros por desprecio, él mismo caminó en tinieblas. Si, por lo tanto, judío, no quieres tener la guía de los videntes hacia el camino de la verdad, al menos sigue a este ciego como guía. Escucha, pues, lo que él dice: «Dijo Balaam hijo de Beor: dijo el hombre cuyo ojo está cerrado: dijo el oyente de las palabras de Dios, que conoce la doctrina del Altísimo, y ve la visión del Omnipotente, que cae y tiene los ojos abiertos: Lo veré, pero no ahora: lo contemplaré, pero no de cerca. SALDRÁ UNA ESTRELLA de Jacob, y se levantará un cetro de Israel, y herirá a los príncipes de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set. Y Edom será su posesión, y la herencia de Seir pasará a sus enemigos: Israel actuará con fuerza. De Jacob será quien domine, y destruya las reliquias de la ciudad (Números 24)».

Bendito sea el nombre del Señor.